Col·legi d'Arquitectes
de Catalunya
Demarcació de Tarragona

Departament de Comunicació
Col·legi d'Arquitectes de Catalunya. Demarcació de Tarragona
C/ Sant Llorenç, 20-22 43003 Tarragona
Telf: 977 249367 /cultura.tar@coac.net

Presentació a la premsa. Helio Piñón

Por razones de mi biografía, no puedo presentarme como un profesional que muestra su trabajo, como quizás me gustaría: nadie me perdonaría que fingiese que me planteo la arquitectura como el que se limita a poner letra a la música que le toca cada situación.

No, ese no es mi caso: hace más de treinta años que soy profesor de proyectos, de los que veinticinco como catedrático. Esta circunstancia no tendría mayor importancia, puesto que ser profesor –incluso catedrático de proyectos– no supone necesariamente que se tenga una idea clara de lo que se enseña; ya saben: ¿usted sabe inglés? No, pero si es para enseñar… No es este mi caso: supongo que a lo largo de mi carrera docente he dado muestra de un empeño congénito por entender la realidad arquitectónica que me ha rodeado en cada momento; basta con repasar mi bibliografía para comprobar lo que digo.
Lo cierto es que estoy convencido de que me planteo la arquitectura, si no con más conocimiento de causa que un profesional, si que un conocimiento de causa distinto, y esto ha de influir inevitablemente en mis proyectos y mis palabras.

A. En primer lugar, quiero señalar que sitúo mi arquitectura en el ciclo estético de la modernidad, y que esta declaración de principios no puede reducirse a una adscripción genérica a esa entelequia que para muchos constituye el término *modernidad.* La modernidad es, para mí, un modo distinto de concebir la forma, de modo que las reglas, lejos de constituir el soporte normativo del proyecto, son el objetivo al que el proyecto se orienta: es decir, al abandonar el tipo arquitectónico –esquema formal que a lo largo del clasicismo estabilizó la forma arquitectónica–, se plantea el proyecto como una actividad conceptiva, sin otra norma que el propósito de alcanzar un orden específico y genuino que identifique el objeto.

B. De lo anterior se deduce que la identidad de la obra es la condición de la calidad de la arquitectura moderna: es decir, el requisito previo tanto del sentido –histórico, ideológico– como de la consistencia formal, los dos atributos básicos de la obra de arte. La mera corrección estilística es incapaz de garantizar la calidad de la obra, que entiendo como el conjunto de cualidades específicas que caracterizan el objeto. Identidad que se refiere a lo que la obra *es*, desde el punto de vista de la forma, no a lo que la obra *se parece*, desde el punto de vista de la mera imagen.

C. El estadio básico de tal identidad lo ocupa la identidad constructiva: no se puede concebir al margen de un sistema constructivo concreto; no entiendo el proyecto como una mera declaración gráfica de intenciones, de modo que la construcción aparezca al final, como instancia redentora de los conflictos de unas decisiones arbitrarias, sólo relacionadas con los antojos de quien proyecta.

D. Lo que acabo de señalar no tiene sentido si no es en el marco de una práctica del proyecto basada en la experiencia: es decir, en el saber acumulado a lo largo del itinerario profesional. No conozco otro modo de concebir una obra de arquitectura genuina –auténtica– que partiendo de materiales de arquitectura, fruto de la experiencia personal o ajena: si se actúa con el prurito infantil de inventarlo todo cada vez, por una parte, se está incurriendo en una irresponsabilidad imperdonable –utilizar los fondos ajenos para hacer pruebas de dudosa enjundia e incierto resultado–, por otra parte, se está hipotecando la posibilidad de avanzar realmente desde la perspectiva histórica.

Imagínense un conferenciante que, a la vez que elaborar un discurso tuviese la pretensión de inventarse el idioma: acabaría, sin duda, usando fragmentos primitivos de las lenguas más desgastadas. Eso es lo que ocurre con la arquitectura cuyos autores tienen la tendencia compulsiva a la novedad: están condenadas a la banalidad y, paradójicamente, a la imitación.

E. Por último, quiero declarar mi convicción de que si bien el ámbito en el que se produce el juicio que acompaña a la toma de decisiones es necesariamente intelectual, el cauce de los estímulos para tal juicio es claramente visual: treinta años de reflexión, concretados por docena y media de libros y varias docenas de artículos –además de las clases y conferencias, propias de la actividad docente– me han llevado a la convicción de que la concepción es una actividad propia del conocimiento intuitivo, es decir, de un proceso de intelección singular que trata de evitar las ingerencias de la razón.

* * *

La arquitectura que verán a continuación ha estado concebida y desarrollada con la estricta observancia de los principios anteriores: auténticas convicciones que se derivan de cuarenta años de dedicación intensa e intensiva al conocimiento y proyecto de arquitectura.

Proyecto en el Laboratorio de Arquitectura. ETSAB. UPC, institución universitaria que fundé con Nicanor García en el año 1999, en la que colaboran un grupo de arquitectos vinculados a la investigación y la docencia.

Trabajamos con criterios de calidad, no de mercado: un proyecto no se acaba cuando se entrega, sino que sólo se da por concluido cuando ya no somos capaces de mejorarlo. No hay ninguna relación entre la dedicación a un proyecto y los honorarios que percibimos por él, sino que el tiempo de proyecto está en función del interés que tiene para nosotros, en tanto que problema de arquitectura. Naturalmente, no participamos en concursos.

No crean que el Laboratorio es una especie de ONG de carácter altruista, ni que sus componentes somos un grupo de místicos iluminados: el hecho de tener parte de la financiación cubierta por becas y contratos de investigación nos permitió despegar; en todo caso, tratamos de proyectar de modo que, además de atender al cliente, atendemos a la arquitectura. Actuamos con la arquitectura como marco de referencia: la realidad sólo establece las condiciones fuera de las cuales la arquitectura deja de serlo.

No dirigimos las obras, aunque las definimos hasta el último detalle y tutelamos su proceso constructivo: los principios básicos del Laboratorio, en la medida que persiguen la intensidad, desaconsejan la dispersión. Así, para la realización material de los proyectos, contamos con la colaboración de profesionales especializados en las distintas técnicas que reciben el encargo directamente del cliente.

No quiero ocultar que considero un privilegio este modo de proyectar, si bien hay que tener en cuenta que son unas condiciones que me he procurado yo mismo, probablemente, a cambio de otras renuncias. No pretendo ser tan famoso como un cantante, ni tan rico como un futbolista: siempre me han parecido ambiciones respetables pero de poca monta, propias de espíritus débiles e inseguros, más dotados para quehaceres de gestión que para la práctica de la arquitectura y del arte, en general.

De lo anterior se desprende que me sitúo en el extremo opuesto de las “estrellas mediáticas” –siempre he sido muy exigente, sobre todo conmigo mismo–; por razones de mi formación, no me veo como un mero profesional –no se me perdonaría la vacilación de quien se entrega a la coyuntura por no saber a qué atenerse; tampoco soy un estudioso empeñado en profundizar en cualquier tema. Les confieso que sólo me considero alguien comprometido personal y socialmente tanto con la arquitectura –es decir, con la calidad– como con mi tiempo –es decir, con la historia.

Helio Piñón